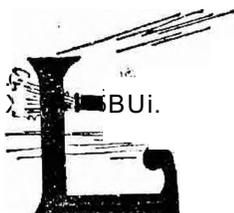


LA GUERRA DE SECESION AMERICANA

Por

Canis VENATICI
Armada de Chile



LA GUERRA de secesion americana constituye la primera guerra moderna de la historia militar. Ella marco la transicion entre la antigua norma de combatir, en la que estaban principalmente implicadas las fuerzas combatientes, y la moderna, que afecta en distinto grado a todos los grupos de la sociedad y que, en ultimo termino, repercute en toda la vida nacional.

La guerra civil americana, como tambien se la denomina, fue una contienda de material, tanto como de hombres. Ella fue testigo de la innovacion o del empleo de los ejercitos de masas, del transporte por ferrocarril, de los buques blindados, de los fusiles de retrocarga y de repeticion, de las distintas armas precursoras de la ametralladora, de la artilleria montada en ferrocarriles, de los globos de senales, de las trincheras y de las alambradas. Fue, tambien, una guerra de ideas y, por consiguiente, de objetivo ilimitado.

Un bando u otro tenia que obtener una victoria total: el norte para obligar al sur a volver a la Union; el sur para obligar al norte a que reconociera su independencia. No podia existir ningun arreglo, ni tampoco un triunfo parcial para uno u otro. En contraste con las pausadas y limitadas guerras del siglo XVIII, la guerra civil americana fue agitada y, a veces, cruel y despiadada.

Fue la primera gran experiencia militar del pueblo americano y su mayor experiencia historica. El drama, la agonía y la fuerza de los años 1861 a 1865 han pasado a constituir una parte permanente de la contienda nacional y tornan mas patente su significado. En la historia americana la guerra civil es el acontecimiento fundamental, comparable a la revolucion de 1789 en Francia. Ella arreglo ciertas diferencias y lo hizo de manera definitiva. Destruyo la esclavitud y aseguro la herencia del capitalismo industrial. Además, conservo la Union y la estabilizo, si es que realmente no la creo, la moderna nacion americana.

A partir de 1865 ningun partido, clase o region ha pensado siquiera en la posibilidad o en el deseo de dividir a la nacion.

En las vísperas de la guerra no era seguro que el norte la ganase. Es cierto que todos los grandes factores materiales estaban de su parte. Los veintitres estados del norte, o Estados Unidos, tenian una poblacion mayor y, por lo tanto, una mayor reserva de hombres que los once estados del sur, o confederados.

La poblacion del norte era de aproximadamente 22 millones; la del sur unos 9 millones. Pero, al comparar el potencial humano hay que tener en cuenta varios factores modificatorios. En el norte estaban incluidos los cuatro estados esclavis-

tas que se habían negado a separarse (Maryland, Deiwaware, Kentucky y Missouri) y que proveyeron a la Confederación de miles de voluntarios, y los estados de la costa del Pacífico (California y Oregón), que no enviaron tropas a los principales escenarios de la guerra. Ambos bandos contenían grupos minoritarios opuestos a la guerra: los demócratas de la paz en el norte y la gente de las montañas en el sur. Los dos grupos eran aproximadamente iguales en tamaño. En el sur se encontraban unos tres millones de esclavos al lado de una población blanca de unos seis millones. Y aunque los esclavos no se utilizaban directamente para el servicio militar, sería un error descontarlos. Indirectamente, proporcionaron una importante fuente de fuerzas. Los esclavos, dejaron en libertad para el servicio de las armas a un gran número de blancos.

Una vez estudiados todos los factores que influían en el potencial humano, debe reconocerse, sin embargo, que el norte poseía una clara superioridad y que era capaz de movilizar fuerzas mucho mayores que las del sur. Pero esta ventaja no era decisiva. Las guerras no se ganan sólo con números. El norte no alcanzó esta clara superioridad numérica hasta el último año y medio de la guerra. La Confederación, al realizar el reclutamiento anticipadamente, movilizó en seguida a una gran proporción de su potencial humano. Los ejércitos confederados fueron aumentando hasta 1863, para ir descendiendo después gradualmente.

Más importante que la diferencia de potencial humano era la superioridad del sistema económico del norte. Esta se hizo cada vez más significativa al convertirse el conflicto en una larga y sostenida lucha. Esta supremacía era manifiesta tanto en la producción agrícola como industrial. Al comienzo de la guerra los dos bandos disponían de lo suficiente para subvenir a las necesidades alimenticias de la población civil ordinaria. Pero en el transcurso de ella, el norte consiguió aumentar su capacidad productiva para suplir las nuevas demandas bélicas, en tanto que el sur fue declinando en su producción agrícola bajo la tensión bélica.

La supremacía industrial del norte significaba que los ejércitos nordistas, una vez que el sistema económico quedó ajustado a la producción bélica, estarían me-

yor equipados que los sudistas. Durante el primer año de la guerra ambos bandos compraron gran cantidad de pertrechos, especialmente armas, en Europa.

Pero en 1862 el norte podía suplir perfectamente todo su material, cesando así su dependencia de Europa. El sur, en cambio, aunque trabajó frenéticamente para aumentar sus posibilidades, continuó dependiendo de Europa, importando los bienes que podían romper el bloqueo naval nordista. La deficiencia industrial de los confederados afectó al esfuerzo bélico en casi todas sus fases. La economía sudista no consiguió proporcionar a sus tropas uniformes, botas y productos sanitarios, ni pudo abastecer a su población civil de los artículos ordinarios de consumo. Este fallo lesionó la capacidad combativa sudista. A partir de 1863 la moral se resquebrajó seriamente, y una de las razones fue el convencimiento popular de que el sur había agotado todos sus recursos, mientras que los del enemigo parecían ilimitados.

Por lo que al transporte se refiere, el norte poseía una marcada ventaja. Tenía más y mejor transporte fluvial interno, más caminos y más carros y animales. Pero era en los ferrocarriles en donde su superioridad destacaba más. La guerra civil fue la primera contienda en la que los ferrocarriles jugaron un importante papel. En ellos se llevaron a las fábricas los materiales en bruto y los artículos manufacturados a los centros de distribución militar. En ellos se transportaron los reclutas a los campos de instrucción y a los soldados instruidos a los campamentos. Ellos trasladaron tropas a grandes distancias, desde un frente a otro y con una inusitada rapidez. Antes de la guerra, el sur había adquirido su material rodante en las fábricas del norte o en las fábricas del sur, que durante la guerra se dedicaron a la fabricación de armamentos. El resultado fue que cuando se fatigó el material no pudo ser reemplazado. El sistema ferroviario sudista se fue deteriorando progresivamente, y en 1864 se encontraba en un estado de semi paralización. Algunos historiadores opinan que el derrumbamiento del ferrocarril fue una de las principales causas de la derrota sudista.

El norte poseía, además, la gran arma del poder naval. En 1861 la Marina federal no contaba más que con noventa buques de todos los tipos y nueve mil

hombres. Una rápida expansión convirtió, de pronto, a la Marina en un factor destacado. En 1864 la Marina disponía de seiscientos buques y de cincuenta mil hombres. De la Marina confederada no se puede dar ninguna cifra total a causa de la frecuente destrucción de sus navios; su personal, sin embargo, no era superior a los cuatro mil hombres.

La fuerza naval nordista realizó dos importantes funciones. La primera fue la de establecer un bloqueo militar. La misión de navegar a lo largo del litoral sudista era difícil de ejecutar, e incluso después que la Marina alcanzó su máxima capacidad, no pudo mantener un bloqueo del todo eficaz.

El bloqueo impidió a la Confederación la importación de bienes en cantidad (los que eludían el bloqueo eran, necesariamente, buques ligeros). Consiguió, además, que los buques confederados no pudieran utilizar como bases los puertos del sur, y dio a la población sudista la impresión de estar aislada del mundo exterior.

La segunda misión de la Marina nordista fue la de ayudar a las fuerzas terrestres federales a someter la vasta región occidental situada entre los Apalaches y el Mississippi. Allí los grandes ríos eran navegables para sus cañoneros y transportes. Algunas de las grandes operaciones en el oeste fueron movimientos conjuntos navales y terrestres. Sin el empleo de la fuerza naval en los ríos occidentales es dudoso que los federales hubieran podido ocupar el oeste.

Algunos historiadores, impresionados por las ventajas materiales del norte, han afirmado que la lucha sudista estaba sentenciada desde su inicio. Pero, en realidad, las diferencias no eran tan abrumadoras como lo señalan las cifras.

El sur, en la mayoría de las acciones, luchó en la defensa de su propio país y dominó las comunicaciones interiores. Los invasores tenían que mantener largas líneas de comunicaciones y guarniciones en las zonas ocupadas. Y por ser una guerra civil, el norte tenía que hacer algo más que capturar la capital enemiga e incluso que derrotar al enemigo. Tenía que conquistar a un pueblo y convencerlo de que su causa era desesperada. Quizá la mejor posibilidad de la Confederación, una vez que hubo pasado la oportunidad de una acción militar decisiva, fue la psicológica.

El sur luchaba por un simple objetivo: su independencia; no tenía designios agresivos contra el norte.

El norte, por su parte, hacía una guerra agresiva para mantener dos principios algo abstractos: la continuidad de la Unión y la emancipación de los esclavos. El norte podía conseguir en cualquier instante la paz y la propia independencia nada más que con abandonar la contienda.

Si el sur hubiese podido convencer al norte de que no podría ser vencido, habría podido obtener su libertad, incluso después de 1863. Hubo ocasiones, especialmente en el verano de 1864, en las que pareció que el norte estaba lo bastante desalentado como para abandonar la guerra.

Los sudistas conscientes se dieron cuenta de la importancia de la superioridad económica del norte. Pero confiaban en que el mando militar sudista y su valor lograrían superar las ventajas materiales del norte. E incluso si el factor humano no superaba al económico, existía aún una casi segura promesa de éxito: la intervención de Europa al lado del sur. El argumento de la intervención, que convenía incluso a los sudistas más realistas, era como sigue:

Los sistemas económicos de Inglaterra y Francia dependían de sus industrias textiles, que necesitaban del algodón del sur-Inglaterra y Francia, por tanto, obligarían al norte a poner fin a la guerra y conceder la independencia sudista. De este modo, la diplomacia se convirtió en uno de los elementos más importantes de la política confederada. El sur esperaba ser reconocido como nación, obtener ayuda material y persuadir a Inglaterra y Francia para que rompieran el bloqueo y para que mediaran con el norte. Y los del norte, pensando que solucionarían mejor sus disturbios internos sin la interferencia exterior, se esforzaron por impedir el reconocimiento y la intervención.

En el relato diplomático los países claves son Inglaterra y Francia. Eran éstas las únicas naciones capaces de interferir en la lucha americana, y las que se daban cuenta de que sus intereses podrían ser afectados. Inglaterra y Francia, aliadas en la guerra de Crimea, continuaron actuando juntas en muchas zonas, quedando bien entendido que las cuestiones que in-

terresaban a los Estados Unidos, caían dentro de la esfera de influencia británica.

El emperador francés, Napoleón III, no intervendría, por lo tanto, si Inglaterra no actuaba primero.

La tercera potencia de Europa, Rusia, que, como los Estados Unidos, se encontraba en un período de formación, comprendía también que sus aspiraciones estaban bloqueadas por Inglaterra. Debido a esta supuesta comunidad de intereses, Rusia simpatizaba abiertamente con los nordistas. En 1863 Rusia envió dos flotas: una a Nueva York y otra a San Francisco. La verdadera razón de la aparición fue una amenaza de guerra con Inglaterra acerca de Polonia; Rusia deseaba poner su Marina en posición de atacar al comercio inglés. Pero en América estaba muy extendida la creencia de que Rusia había hecho una manifestación de amistad hacia los Estados Unidos, y así comenzó una leyenda muy perdurable de que las escuadras rusas habían ofrecido apoyo con el intento de romper el bloqueo por parte de Francia e Inglaterra.

Cuando se inició el conflicto las simpatías de las clases dirigentes de Inglaterra y Francia estaban de parte de la Confederación. Aunque éstas estaban motivadas por un sentimiento de parentesco cultural con la aristocracia de plantadores de los estados sureños, su reacción se debió, en esencia, a que no estaban de acuerdo con el ideal y la realidad que los Estados Unidos representaban. Los liberales europeos, que pugnaban por obtener una base de gobierno mucho mayor y más popular, apoyaron encantados a los Estados Unidos como a un triunfal ejemplo de democracia en un país populoso. Era éste un argumento que difícilmente podían impugnar los conservadores.

Por otro lado, una América dividida haría que no existiera una sola nación poderosa en el hemisferio occidental. Una vez comenzado, el proceso de división continuaría. Un sur independiente iría seguido de un oeste independiente, y las distintas repúblicas americanas tendrían que buscar el apoyo de Inglaterra o de Francia para caer así bajo la influencia europea. Incluso los liberales antiesclavistas de Inglaterra y Francia tendían a favorecer la causa sudista. Por razones de política interior, el gobierno nordista sostuvo el principio que hacía la guerra para

restaurar la Unión, pero no para destruir la esclavitud. Y muchos liberales sacaron la conclusión de que el sur luchaba por el honroso principio liberal de la autodeterminación.

Pero la opinión inglesa y francesa nunca simpatizó abiertamente con el sur. Desde el principio, algunos miembros de las clases superiores, sobre todo en Inglaterra, se declararon partidarios del norte. Algunos liberales predijeron que aparte de cómo definiera el gobierno nordista los objetivos de la guerra, ésta se convertiría, al final, en una lucha para la abolición de la esclavitud. Sea cual fuere lo que pudieran pensar los dirigentes conservadores de la nación inglesa, los trabajadores ingleses identificaban la causa del norte con la suya propia.

Al romperse las hostilidades, el gobierno inglés proclamó la neutralidad reconociendo, de paso, a la Confederación como a uno de los beligerantes. Francia y las demás naciones la siguieron. En los Estados Unidos la acción inglesa fue acogida con un profundo resentimiento. El gobierno nordista sostenía que no combatía en una guerra sino que reprimía una insurrección, y que conceder estado de beligerancia a la Confederación no era un acto neutral. No obstante, Inglaterra había procedido en conformidad con las prácticas vigentes y con la realidad de la situación. Al margen de la consideración oficial que los Estados Unidos dieran al conflicto, como el mismo Lincoln concedió en su proclamación estableciendo el bloqueo, era una guerra lo que se combatía.

Pero ni Inglaterra, ni Francia, ni ninguna otra nación europea dieron su reconocimiento diplomático a la Confederación.

Al comenzar la guerra civil ninguno de los dos gobiernos contaba con un plan estratégico. La estrategia se fue elaborando al calor del conflicto y a la luz de lo que los estrategas fueron conociendo acerca de la situación militar. Como la política del norte era la de restablecer la Unión por la fuerza, la estrategia nordista tenía que ser ofensiva. Los ejércitos federales tenían que invadir el sur, derrotar a los confederados y ocupar toda la región.

La política del sur era la de establecer su independencia por la fuerza. Y el gobierno optó, en consecuencia, por adop-

tar una estrategia defensiva. Esta decisión le fue impuesta al sur en parte por la naturaleza de la estrategia nordista, y en parte porque un procedimiento defensivo parecía apropiado a una potencia que solo deseaba permanecer aislada y que no abrigaba propósitos agresivos. Con la misma lógica, el sur podía haber demostrado que era demasiado fuerte para ser conquistado, tomando la ofensiva y viniendo en suelo nordista.

La geografía influyó profundamente en los planes estratégicos de ambos bandos y en el carácter de la guerra. La naturaleza del sur, en donde se dirimieron la mayoría de las batallas, dividió la contienda en tres frentes: el oriental, el occidental y el del transMississippi. La gran barrera de los Apalaches, extendiéndose desde Maryland hasta Georgia, imposibilitaba la dirección unitaria de las operaciones al este del Mississippi. La zona comprendida entre las montañas y la costa constituyó el frente oriental, y la vasta región situada entre las montañas y el Mississippi, el frente occidental. Al oeste del río, los estados de Arkansas, Luisiana y Texas formaron el frente transMississippi.

La estrategia de la Confederación, establecida en su mayor parte por el Presidente Davis; consistía en rechazar todas las ofertas nordistas y mantener los puntos amenazados. A esta postura algunos la denominaron "posición defensiva dispersa". Otro plan para el bando que estaba en inferioridad de fuerzas habría sido el de proteger las líneas de menor longitud, en las que estuvieran contenidas las zonas más fáciles de defender o las que dispusieran de recursos más importantes. Al decidirse a defender todo el sur, Davis estuvo influido en parte por consideraciones políticas prácticas. Porque si el nuevo gobierno del sur abandonaba cualquier parte del territorio parecería que admitía su debilidad, lo cual podría privarle de apoyo popular. Pero parece ser que Davis obró casi instintivamente en términos defensivos; para él el mantenimiento de las plazas, muchas de las cuales se transformaron en verdaderas trampas para sus guarniciones, constituía una "idee fixe". En las pocas ocasiones en que los ejércitos del sur llevaron a cabo operaciones ofensivas falló el empuje (debido, sobre todo, a que se hicieron

con fuerzas insuficientes) porque el gobierno se negó a añadir unidades de reserva que respaldaran a las fuerzas atacantes. Pero Davis y sus consejeros no deben ser objeto de crítica por haber asumido una estrategia equivocada.

Su visión militar estaba necesariamente limitada por la influencia de su cultura. Como bien dijera Clausewitz, el sistema social de una nación determina su forma de hacer la guerra.

El principio del sistema sudista era el de los derechos de los estados, y el sur combatió de acuerdo con él. Los dirigentes políticos sudistas fueron incapaces de establecer la centralización en el gobierno, y el mando militar sudista no supo fijar una estrategia unificada ni un mando centralizado.

El mando confederado a través de la guerra se centró principalmente en el Presidente Davis. Durante un breve período de comienzos de 1862, Davis nombró al general Robert E. Lee para que actuara bajo su dirección como comandante de todos los ejércitos confederados. Pero Lee, un hombre de brillantes cualidades intelectuales, no fue consultado más que rara vez en cuestiones de estrategia; actuó como un mero consejero, dando su opinión sólo cuando Davis se la solicitaba. En el verano de 1862 Lee se hizo cargo del mando de las tropas en el frente, y Davis no lo reemplazó. Y hasta febrero de 1864 no tomó otro asesor Braxton Bragg, que había fracasado en el campo de batalla.

A principios de 1865, el Congreso, en una maniobra destinada a cercenar los poderes de Davis, creó el cargo de general en jefe. Se esperaba que Davis nombrara a para el a Lee, el mejor general del sur, y que Lee tomaría en sus manos la dirección de los asuntos militares. Finalmente, Davis nombró a Lee, anunciando al mismo tiempo que él seguiría conservando el mando supremo, y Lee aceptó el cargo sobre esta base. La guerra terminó antes de que el nuevo arreglo encontrara oportunidad de ponerse a prueba. Resulta dudoso que Lee hubiera podido mandar un ejército en campaña y dirigir al mismo tiempo a los demás. Ni es seguro tampoco que Lee, que pensaba sobre todo como un virginiano, hubiese podido alterar sus ideas estratégicas adoptando un criterio nacional.

Los Estados Unidos entraron en guerra con un sistema arcaico e inadecuado de mando militar. Las tareas de mando en el pequeño ejército de tiempos de paz eran realizadas por un cuerpo al que vagamente se le daba el nombre de "estado mayor". Este aparecía integrado por el general de mayor rango en el ejército y por los jefes del Departamento de Guerra, y no se podía afirmar que fuera un Estado Mayor en el sentido moderno de la palabra. No celebraba reuniones ni discutía los problemas comunes. Ningún miembro ni sección alguna estaban encargados de formular la estrategia.

Cada funcionario (el intendente general, el jefe de armamentos y el ayudante general) administraba su departamento como mejor le parecía.

El general más antiguo al comienzo de la guerra era Winfield Scott, de setenta y cinco años de edad, quien, a excepción de John E. Wood, otro viejo general, era el único militar que había tenido mando de tropas en tiempo suficiente como para considerarle más o menos capaz. Ninguno de los oficiales más jóvenes con mando militar durante la guerra con México, habían dirigido una unidad superior a una brigada.

A la cabeza de la organización militar estaba el mando supremo constitucional: el Presidente. La formación de Lincoln era totalmente civil; carecía de educación militar y, con excepción de algún período de milicia sin consecuencias, también de experiencia. Pero, a pesar de ello, Lincoln se convirtió en un gran dirigente militar; en su papel rector de la guerra fue superior a Davis, que había recibido una educación militar profesional y servido en el ejército regular. Lincoln es ejemplo de la afirmación de Clausewitz de que la principal cualidad del que dirige una guerra no es sólo el conocimiento de las cuestiones militares, sino la posesión de una inteligencia superior y de una gran fuerza moral.

Debido a su capacidad intelectual y moral, Lincoln se convirtió en un magnífico estratega. Reconociendo que tenía de su parte el número, movilizó el máximo de potencial humano del norte, y apremió a sus generales a que hicieran una constante presión sobre el frente confederado hasta encontrar el punto débil. Mejor que sus primeros generales com-

prendió que el verdadero objetivo consistía en destruir los ejércitos confederados y no en ocupar sus plazas. Se le ha criticado a Lincoln que se inmiscuyera en la labor de sus generales, pero la mayoría de sus intervenciones estuvieron destinadas a obligar a los oficiales dudosos o tímidos a que actuaran con más energía. Y la mayor parte de sus interferencias tuvieron resultados beneficiosos.

Al contrario de Davis, que entorpeció la labor de sus generales para hacer más defensiva aún una equivocada estrategia ya defensiva, Lincoln actuó para llevar a cabo una sana estrategia ofensiva.

Durante los primeros tres años de la guerra, Lincoln realizó muchas de las funciones que hoy son cometido del jefe del Estado Mayor General. Esbozó los planes y dirigió, incluso, los movimientos tácticos. Asumió un papel activo a causa de lo inadecuado del sistema de mandos existente y porque los diferentes generales que nombró como generales en jefe (Scott, McClellan, Halleck) no quisieron o no pudieron cumplir con su misión. A principios de 1864, con Lincoln y el Congreso como principales creadores, la nación recibió, al fin, un eficiente y moderno sistema de mandos militares. Después de ello, Lincoln ejerció muy pocas funciones de mando, aunque continuó supervisando las operaciones generales de la guerra.

Con las nuevas disposiciones, Ulises S. Grant, que se haba impuesto como el más capacitado general nordista, fue nombrado general en jefe por Lincoln, con el grado de teniente-general creado por el Congreso.

Grant fue encargado de planear la estrategia para todos los frentes y de dirigir los movimientos de los diecisiete ejércitos federales, demostrando ser el general que Lincoln buscaba desde hacía mucho tiempo. Poseía, como ningún otro general, la habilidad de ver la guerra como un todo único y de planear una estrategia total. Aunque Lincoln le otorgara una relativa libertad de maniobra, Grant sometió siempre los rasgos generales de sus planes a la aprobación del Presidente. El sistema de 1864, con un mando supremo para ordenar la política e indicar la estrategia a seguir, con un general en jefe para ordenar la estrategia en campaña, y con un jefe del Estado Mayor para coor-

dinar la información fue, en efecto, con la posible excepción del Estado Mayor General prusiano, el más eficaz que existió por entonces. Constituyó ésta una de las principales razones de que el norte ganara la guerra.

La guerra civil decidió muchas cosas, tanto en un sentido inmediato como por lo que se refiere a sus efectos finales sobre la historia nacional y mundial. Consiguió que los Estados Unidos siguieran existiendo como nación. Los unificó como nunca lo habían estado antes y los puso en camino de convertirse en una gran potencia mundial. Con la abolición de la esclavitud y la demostración de que un gobierno popular puede mantener su libertad durante un conflicto interior, dio nueva vida al principio democrático en todas partes.

Si los soldados europeos hubieran estudiado durante el medio siglo siguiente la guerra civil americana con tanta atención como la que dedicaron a la guerra de 1870, hubieran comprendido mejor las condiciones básicas de la movilidad estratégica y táctica, y no hubieran racionalizado tanto sus esperanzas como lo hicieron, posteriormente, en 1914.

En 1940 los éxitos militares alemanes se debieron mucho al estudio de las campañas de Sherman y a la aplicación de los métodos deducidos de ellas.

Hubieran aprendido, también, a esperar y prepararse para una larga guerra, aún cuando pensarán que pudiera ser corta; a contar con los factores económico y social, a ampliar la instrucción militar de acuerdo con ellos, a facilitar la movilización psicológica y económica de la nación, y a prestar mayor atención a los nuevos inventos que pudieran ofrecer una posibilidad de cambiar el orden de cosas en una guerra prolongada. Y hubieran podido advertir el peligro de buscar inmediatas ganancias militares sin considerar las desventajas políticas y los intereses a largo plazo de sus países.

E incluso, hubieran podido darse cuenta de la mutua destrucción originada por una larga e ilimitada guerra entre las naciones de Europa, con su textura tan estrechamente tejida, y del peligro de que una "guerra civil europea", atolondradamente conducida, pudiera hacer naufragar la civilización de ese continente, o, por lo menos, comprometer su futuro.

